

## III

## La revolución vencida.

## I

Quien supiera ó pudiera apartar el ramaje vistoso de ideas más ó menos contrahechas y de palabras relumbrantes que el señorito de Santa Cruz puso ante los ojos de su mujer en la noche aquella, encontraría la seca desnudez de su pensamiento y de su deseo, los cuales no eran otra cosa que un profundísimo hastío de Fortunata y las ganas de perderla de vista lo más pronto posible. ¿Por qué lo que no se tiene se desea, y lo que se tiene se desprecia? Cuando ella salió del convento con corona de honrada para casarse, cuando llevaba mezcladas en su pecho las azucenas de la purificación religiosa y los azahares de la boda, parecía al Delfín digna y lucida hazaña arrancarla de aquella vida. Hizolo así con éxito superior á sus esperanzas; pero su conquista le imponía la obligación de sostener indefinidamente á la víctima, y esto, pasado cierto tiempo, se iba haciendo aburrido, soso y caro. Sin variedad era él hombre perdido, lo tenía en su naturaleza y no lo podía remediar.

¡Había que cambiar de forma de gobierno cada poco tiempo, y cuando estaba en república, le parecía la monarquía tan seductora...! Al salir de su casa aquella tarde, iba pensando en esto. Su mujer le estaba gustando más, mucho más que aquella situación revolucionaria que había implantado, pisoteando los derechos de dos matrimonios.

«¿Quién duda — seguía pensando — que es prudente evitar el escándalo? Yo no puedo parecerme á éste y el otro y el de más allá, que viven en la anarquía, señalados de todo el mundo. Hay otra razón, y es que se me está volviendo antipática, lo mismo que la otra vez. La pobrecilla no aprende, no adelanta un solo paso en el arte de agradar; no tiene instintos de seducción, desconoce las gaterías que emblesan. Nació para hacer la felicidad de un apreciable albañil, y no ve nada más allá de su nariz bonita. ¿Pues no le ha dado ahora por hacerme camisas? ¡Buenas estarían!... Habla con sinceridad, pero sin gracia ni *esprit*. ¡Qué diferente de Sofía la Ferrolana, que cuando Pepito Trastamara la trajo del primer viaje á París, era una verdadera Dubarry españolizada! Para todas las artes se necesitan facultades de asimilación, y esta marmotona que me ha caído á mí es siempre igual á sí misma. Con decir que hace días le dió por estar rezando toda la tarde... ¿y para qué?... para pedirle á Dios chiqui-

llos... ¡Al Demonio se le ocarrel... En fin, que no puedo ya más, y hoy mismo se acaba esta irregularidad. ¡Abajo la república!»

Pensando de este modo, había llegado á la casa de su querida, y en el momento de poner la mano en el llamador, un hecho extraño cortó bruscamente el hilo de sus ideas. Antes de que llamara, se abrió la puerta, dando paso á un señor mayor, de muy buena presencia, el cual salió, saludando á Santa Cruz con una cortés inclinación de cabeza. La misma Fortunata le había abierto la puerta y le despedía.

Juan entró. La salida de aquel señor le produjo en un instante dos sentimientos distintos que se sucedieron con brevedad. El primero fué algo de enojo, el segundo satisfacción de que el acaso le proporcionase un buen apoyo para el rompimiento que deseaba... «Me parece que yo conozco á este señor tan terne. Le he visto, le he visto en alguna parte—pensaba entrando hacia la sala.— ¡Si tendremos gatupetri!... Estaría bueno. Pero más vale así.»

Y en alta voz y de mal modo, preguntó á Fortunata:—¿Quién es ese viejo?

—Yo creí que le conocías. D. Evaristo Feijóo, coronel ó no sé qué de milicia... Es grande amigo de Juan Pablo.

—¿Y quién es Juan Pablo? ¡Vaya unos conocimientos que me quieres colgar!...

—Mi cuñado.

—¿Y cuándo he conocido yo á tu cuñado, ni qué me importa?... Estamos bien. ¿Y á qué venía aquí ese señor... Feijóo, dices? Me parece que es amigo de Villalonga.

—Ha venido á visitarme, y esta es la tercera vez... Es un señor muy bueno y muy fino. ¿Qué te crees, que viene á hacerme el amor? ¡Qué tontito! Pero en resumidas cuentas, si te parece que no debo recibirle, no lo haré más. Y aquí paz...

—No, no; recíbele todo lo que quieras—dijo él variando de táctica con la rapidez del genio.

—Si, como dices, es una persona formal, podría ser que te conviniera cultivar su amistad.

Fortunata no comprendió bien, y él se envalentonó con el silencio de ella.

—Porque, hija mia, yo debo decirte que no podemos seguir así.

Pensaba el muy tuno que lo mejor era cortar por lo sano, planteando la cuestión desde el primer momento con limpieza y claridad.

La salita en que estaba tenía ese lujo allegadizo que sustituye al verdadero allí donde el concubinato elegante vive aún en condiciones de timidez y más bien como ensayo. Había muebles forrados de seda y cortinas hermosas; pero aquéllos eran feotes, de amaranto combinado con verde-limón; las cortinas estaban torcidas, las guardamalletas mal colocadas, la alfombra mal casada, y las jardineras de bazar,

con begonias de trapo, cojeaban. El reloj de la consola no había sabido nunca lo que es dar la hora. Era dorado, con figuras como de pastores, haciendo juego con candelabros encerrados en guardabrisas. Había laminitas compradas en baratillos, con marcos de cruceta, y otras mil porquerías con pretensiones de lujo y riqueza, todo ello anterior á la transformación del gusto que se ha verificado de diez años á esta parte. Santa Cruz miraba esta sala con cierto orgullo, viendo en ella como un testimonio de su esplendidez; pero al mismo tiempo solía ridiculizar á Fortunata por su mal gusto. Ciertamente que para vestirse tenía instintos de elegancia; pero en muebles y decoración de casa desbarraba. En suma, que ella tendría todas las cualidades que quisiera; pero lo que es *chic* no tenía.

Sentado en el sofá y con el sombrero puesto, Juan contempló aquel día todo lo que allí había, gozándose en la idea de que lo miraba por última vez. Fortunata estaba en pie, delante de él, y luego se sentó en una banquetta, fijando los ojos en su amante, como en expectativa de algo muy grave que de él esperaba oír.

«Si esta pavisosa—pensó Santa Cruz mirándola también—viera con qué donaire se sienta en un *puff* Sofia la Ferrolana, tendría mucho que aprender. Lo que es ésta, ni á palos aprenderá nunca esas blanduras de la gata, esos ar-

queos de un cuerpo pegadizo y sutil que acaricia el asiento. ¡Ah! ¡qué bestias nos hizo Dios!...»

Y en alta voz:—Dime, ¿por qué no te has puesto la bata de seda como te he mandado?

—¡Qué cosas tienes!... No la quiero estropear.

—Eso es...—dijo el otro riendo sin delicadeza,—guárdala para los días de fiesta. Así me gusta á mí la gente, arregladita... Y cuando yo vengo aquí te pones la batita de lana, que unos días apesta á canela y otros á petróleo...

—Mentira—replicó Fortunata, oliendo su propio vestido.—Está bien limpia. ¿Para qué dices lo que no es?

—No, lo que es dentro de casa, tú estás por aquello de *ya engañe*. Eso; ponte bien ordinaria y todo lo cursi que puedas.

—¡Ay qué graciosa!... Pues hoy no me he puesto la bata de seda, porque he estado toda la mañana en la cocina.

—¿Haciendo qué?

—Escabeche de besugo.

—Bien; me gusta. *Jormigueta* para cuando vengan los malos tiempos—dijo el Defín con benévola ironía.—Pues hija, yo tengo que hablarte hoy con claridad. Te quiero demasiado para andar en misterios contigo. Tú eres razonable, te haces cargo de las cosas y comprenderás que tengo razón en lo que te voy á decir.

Este lenguaje desconcertó á Fortunata, por-

que le recordaba el otra vez usado para licenciarla. Pero él creyó oportuno mostrarse cariñoso, y la hizo sentar á su lado para pasarle la mano por la cara y hacerle algunas zalamerías de las que se emplean con los niños cuando se les quiere hacer tomar una medicina.

—Ven acá y no te asustes. Yo no quiero más que tu bien. No dirás que no he hecho por ti cuanto estaba en mi mano. Por mi parte, bien lo sabes tú, seguiríamos lo mismo; pero mi mujer se ha enterado... anoche hemos tenido una bronca espantosa, pero espantosa, chica; no puedes figurarte cómo se puso. Se desmayó; tuvimos que llamar al médico. La más negra fue que mis papás se enteraron también del motivo, y... una chilla por aquí, otra por allá; mi padre furioso... entre todos me querían comer.

Fortunata estaba tan absorta y aterrada, que no podía pronunciar palabra alguna.

—Ya te he dicho que lo paso todo, menos dar un disgusto á mis padres. Así es que anoche me planté conmigo mismo, y dije: «Aunque me muera de pena, esto se tiene que acabar.» Sé que me costará una enfermedad. El golpe será rudo. No se arranca fibra tan sensible sin que duela mucho. Pero es preciso, y para estos casos son los caracteres...

Mientras ella empezaba á lloriquear, Juan se decía: «Ahora viene la lagrimita. Es infalible. Preparémonos.»

—Tonta, no llores, no te aflijas—añadió besándola.—Mira que yo estoy con el alma en un hilo, y si te veo flaquear soy hombre perdido.

Procuraba mostrarse á dos dedos de romper en llanto, y ponía una cara muy triste.

—No creas—balbució la prójima entre sollozos.—Te veía venir. Hace días que la estás tú tramando... Bueno, hemos concluido.

—No, si yo te querré siempre, nena negra. Sólo que no puedo visitarte más. Alguna vez... no digo que no... Pero así, con esta manera de vivir... imposible. Madrid, que parece grande, es muy chico, es una aldea. Aquí todo se hace público, y al fin no hay más remedio que bajar la cabeza. Yo soy casado, tú también; estamos pateando todas las leyes divinas y humanas. Si hubiera muchos como nosotros, pronto la sociedad sería peor que un presidio, un verdadero infierno suelto. ¿No has pensado tú alguna vez en esto?

Lo que Fortunata había pensado era que el amor salva todas las irregularidades, mejor dicho, que el amor lo hace todo regular, que rectifica las leyes, derogando las que se le oponen. Lo había dicho varias veces á su amante, expresándose de una manera ruda; pero en aquel lance, parecía ridículo volver sobre aquella idea verdadera ó falsa del amor, porque en su buen instinto comprendía que toda aquella hojarasca de leyes divinas, principios, conciencia

y demás, servía para ocultar el hueco que dejaba el amor fugitivo. Pero ella no le seguiría jamás al terreno de la controversia, porque no sabía desenvolverse con tanta palabra fina.

—Ya me lo decía el corazón—exclamaba, apretando el pañuelo contra sus ojos.

—No se puede uno sustraer á los principios—prosiguió él.—Las conveniencias sociales, nena mía, son más fuertes que nosotros, y no puede uno estar riéndose de ellas mucho tiempo, porque á lo mejor viene el garrotazo, y hay que bajar la cabeza. Yo quisiera que tú te penetraras bien de esto... Nunca te he dicho nada; pero á veces, aquí mismo he sentido mi conciencia tan alborotada, que...

Fortunata le miró de un modo que le hizo callar... «¡A buenas horas y con sol!—quería decir aquella mirada.—Después que hemos cometido todos los crímenes, ahora salimos con escrúpulos... Y yo pago la falta de los dos...»

—Bien merecido me lo tengo—declaró en un arranque de dolor combinado con la rabia,—porque los dos hemos sido malos; pero yo he sido más mala que tú... yo dejo tamañitas á todas... ¡Dios, con la que yo hice! ¡portarme como me porté con aquella familia! Tú me decías que no era nada, cuando yo me ponía triste... pensando en lo que había hecho, sí, y te reías... te reías...

—Sí... pero...

—Repito que te reías... ¡pero cómo! á carcajadas, llamándome simple y qué sé yo que... Bien, bien, bastante hemos hablado... Te vas, pues muy santo y muy bueno. Lo sentiré; calcula si lo sentiré... pero ya me iré consolando. No hay mal que cien años dure. ¡Aire, aire!

Se limpiaba rápidamente las lágrimas, fingiendo una fortaleza que no tenía.

—Nos separaremos como amigos—dijo Santa Cruz tomándole una mano, que ella separó prontamente,—y me retiro dándote un buen consejo.

—¿Cuál?—preguntó ella más airada que dolorida.

—Que te unas... que procures unirte otra vez con tu marido.

—¡Yo...!—exclamó la señora de Rubín con indecible terror.—¡Después de...!

—Ya te serenarás, hija. ¡El tiempo! ¿Sabes tú los milagros que ese señor hace? Tú lo has dicho: no hay mal que cien años dure, y cuando se tocan de cerca los grandes inconvenientes de vivir lejos de la ley, no hay más remedio que volver á ella. Ahora te parece imposible; pero volverás. Si es lo natural, es lo fácil, lo fácil... Solemos decir: «tal cosa no llega nunca». Y sin embargo llega, y apenas nos sorprende por la suavidad con que ha venido.

Levantóse la joven disparada, y se metió en

su gabinete. Estaba como una loca. Juan la siguió, temiendo que le acometiese un acceso de desesperación. Ambos se encontraron en la puerta de la alcoba. Él entraba, ella salía.

—¿Sabes lo que te digo?...—gritó Fortunata con la voz ronca de despecho y dolor.—Que ya estás demás aquí...

—Pero no te irrites...

—¡Fuera, fuera!—gritaba ella empujándole con ruda energía.

Santa Cruz reconoció aquella fuerza casi superior á la suya, y no tenía gran empeño en oponerse á ella. Por punto, hizo como que sus brazos intentaban someter á los de su querida. Esta pudo más y cerró violentamente la puerta de la alcoba. El Delfín tocó en los cristales, diciendo: «Si no hay motivo para tanta bulla... Nena, nena negra, abre... Ten calma y no te sofoques... ¡Bah!, siempre eres así...»

Pero de dentro de la alcoba no venía ninguna respuesta, ni una voz siquiera. Juan aplicó el oído, creyendo sentir sollozos... gemidos sofocados. Pronto comprendió que no podía apeteer mejor coyuntura para plantarse rápidamente en la calle y dar por terminado el enojoso trámite de la ruptura.

«Pero aún me falta la última parte—pensó echando mano á su cartera.—No puedo abandonarla así...» Después de meditar un rato, volvió á guardar la cartera, y se dijo: «Mejor será

que me vaya... Se lo mandaré en una carta... Adiós. No dirá Jacinta que...

Salió de puntillas, como se sale de la casa en que hay un enfermo grave.

## II

En el resto de aquel aciago día, dicho se está que la pobre señora de Rubín se entregó á las mayores extravagancias, pues tal nombre merecen sin duda actos como no querer comer, estar llorando á moco y baba tres horas seguidas, encender la luz cuando aún era día claro, apagarla después que fué noche por gusto de la obscuridad, y decir mil disparates en alta voz, lo mismo que si delirara. La criada intentó tranquilizarla; pero los consuelos verbales la irritaban más. A eso de las nueve, la dolorida se levantó con resolución del sofá en que se había echado, y á tientas, porque el gabinete estaba obscurísimo, buscó su mantón. «Ya verán, ya verán», murmuraba en su agitación epiléptica; y á tientas buscó también las botas y se las puso. Pañuelo á la cabeza, mantón bien recogido sobre los hombros, y á la calle... Salió con rapidez y determinación, como quien sabe á donde va y obedece á uno de esos formidables impulsos en línea recta que conducen á toda acción terminante. Ni tiempo dió á que Doro-tea pudiera detenerla, porque cuando ésta la

vió, ya estaba abriendo la puerta y salía como una saeta.

Eran las nueve de la noche. Fortunata atravesó con paso ligero la calle de Hortaleza, la Red de San Luis. No debía de estar muy trastornada cuando en vez de tomar por la calle de la Montera, en la cual el gentío estorbaba el tránsito, fué á buscar la de la Salud y bajó por ella, considerando que por tal camino ganaba diez minutos. De la calle del Carmen pasó á la de Preciados, sin perder ni un momento el instinto de la viabilidad. Atravesó la Puerta del Sol por frente á la casa de Cordero, y ya la tenía subiendo por la calle de Correos hacia la plazuela de Pontejos. Ya llegaba, y á medida que veía más cerca el objeto de su viaje, parecía como que se le iba acabando la cuerda epiléptica que la impulsaba á la febril marcha. Vió el portal de la casa de Santa Cruz, y sus miradas se internaron con recelo por aquella cavidad ancha, de estucadas paredes, y alumbrada por mecheros de gas. Ver esto y pararse en firme, con cierta frialdad en el alma, y sintiendo el choque interior de toda velocidad bruscamente enfrenada, fué todo uno.

Ver el portal fué para la prójima, como para el pájaro que ciego y disparado vuela, topar violentamente contra un muro. Los que obran bajo la acción de impulsos cerebrales, irresistibles y mecánicos, como los instintos que atañen

á la conversación, van muy bien en su carrera mientras no ven el fin más que en la representación falsa que de él les da su deseo; pero cuando la realidad de aquel fin se les pone delante, ofreciéndoseles como acción sometida á las leyes generales, no hay velocidad que no tenga su rechazo. ¿Cuál era el intento de Fortunata y qué iba á hacer allí? ¡Frioleral...! Pues nada más que entrar en la casa sin pedir permiso á nadie, llamar, colarse de rondón, dando gritos y atropellando á todo el que encontrara, llegarse á Jacinta, cogerla por el moño y... Esto de cogerla por el moño no se determinó bien en su voluntad; pero sí que le diría mil cosas amargas y violentas. Tal pensaba cuando le entró aquel desatino de salir de su casa y correr hacia la plazuela de Pontejos. Y cuando bajaba por la calle de la Salud, iba pensando así: «No se me quedará en el cuerpo nada, nada. Ella es la que me hace desgraciada, robándome á mi marido... Porque es mi marido: yo he tenido un hijo suyo y ella no... Vamos á ver, ¿quién tiene más derecho? Entrañas por entrañas, ¿cuáles valen más?» Estos enormes disparates, nacidos del trastorno que en su cerebro reinara, persistieron cuando estaba parada y atónita delante del portal de los de Santa Cruz.

«Pues no sé por qué no entro y armo la escandalera que debo armar...»

Pero la contenía un cierto respeto que no

acertaba á explicarse. Se alejó, y desde la acera de enfrente miró hacia la casa, diciendo para sí: «Habrà luz en el gabinete de Jacinta, donde estaràn de tertulia.» Pero no vió nada. Todo cerrado; todo á obscuras... «¡Si habrán salido...! No; estaràn ahí burlándose de mi, riéndose de la trastada que me han hecho... Buenos son todos: ¡tales hijos, tales padres!» Volvió á sentir el insensato anhelo de entrar en la casa, y dió tres ó cuatro pasos hacia ella, pero retrocedió segunda vez. «¿A ver quién sale?» Era un viejo que se detenía en el portal y echaba un párrafo con Deogracias. La joven reconoció á Estupiñá, que había sido vecino suyo cuando ella vivía en la Cava, donde tuvieron principio sus interminables desgracias. Plácido se embozó en su capa, tomando hacia la calle del Vicario Viejo. Siguióle Fortunata con la vista hasta verle desaparecer, y poco después volvió á su acecho. ¿Quién salía? Un caballero con botines blancos que parecía extranjero. El tal pasó junto á ella, la miró, casi casi se detuvo un instante para verla mejor; después siguió su camino. Otras personas salían ó entraban. Aunque en el pensamiento de Fortunata iba condensándose la imposibilidad de entrar, continuaba allí clavada sin saber por qué. No se podía marchar, aunque iba comprendiendo que la idea que á tal sitio la llevó era una locura, como las que se hacen en sueños. Uno de los muchos desvarios que se

sucedieron en su mente fué imaginar que tal ó cuál hombre de los que vió salir era amante de Jacinta. «Porque á mí no me digan que es virtuosa... Vaya unos embustes que corre la gente. No se puede creer nada. ¿Virtuosa? *tíe* gracia... Ninguna de estas casadas ricas lo es ni lo puede ser. Nosotras las del pueblo somos las únicas que tenemos virtud, cuando no nos engañan. Yo, por ejemplo... verbigracia, yo.» Entróle una risa convulsiva. «¿Y de qué te ríes, pánfila?—se dijo á sí misma.— Más honrada eres tú que el sol, porque no has querido ni quieres más que á uno. ¿Pero éstas... éstas?... Ja, ja, ja. Cada trimestre hombre nuevo, y virtuosa me soy. ¿Por qué? Pues porque no dan escándalos, y todo se lo tapan unas con otras. ¡Ah!, señora doña Jacinta, guárdese el mérito para quien lo crea; usted caerá... tiene usted que caer, si no ha caído ya.»

De pronto vió que al portal se acercaba un coche. ¿Traería gente, ó venía á tomarla? Á tomarla, porque no salió nadie; el lacayo entró en la casa, y Deogracias se puso á hablar con el cochero. «Van á salir—se dijo la infeliz, sintiendo otra vez los ardientes impulsos que la sacaron de su casa.— Ahora sí que no se me escapan... Me voy encima, y á las dos las afrento... tal suegra para tal nuera... ¡buen par de cuñas están!... ¡Cuánto tardan! La cabeza se me abraza, y parece que me vuelvo toda uñas...»

Salieron las señoras. Fortunata vió primero á una de pelo blanco, después á Jacinta, después á una pollita, que debía de ser su hermana; vió terciopelo, pieles blancas, sedas, joyas, todo rápidamente y como por magia. Las tres entraron en el coche, y el lacayo cerró la portezuela. ¡Pero qué cosas! Lo mismo fué ver á las tres damas, que á Fortunata le entró un fuerte miedo. ¡Y ella que pensaba clavarles las puntas de sus dedos como garfios de acero! Lo que sintió era más bien terror, como el que infundé un súbito y horrendo peligro; y tan impotente se vió su voluntad ante aquel pánico, que echó á correr y alejóse á escape, sin atreverse ni siquiera á mirar hacia atrás. Oyó el ruido del coche que rodaba por la calle abajo, y aun lo vió pasar por delante con tan rápida vuelta que por poco la arrolla. «¡Eh!...» gritó el cochero, y la señora de Rubín dió un grito, saltando hacia atrás... ¡Qué susto, pero qué susto, Señor!... Siguió hacia la Puerta del Sol, dándose cuenta de aquel miedo intensísimo que había sentido y preguntándose si en él había también algo de vergüenza. Pero no le era fácil discernir si su espanto era como el del exaltado cristiano que ve al demonio, ó como el de éste cuando le presentan una cruz.

Dejándose llevar de sus propios pasos, se encontró sin saber cómo en el centro de la Puerta del Sol. Inconscientemente se sentó en el bro-

cal de la fuente, y estuvo mirando los espumarajos del agua. Un individuo de Orden Público la miró con aire suspicaz; pero ella no hizo caso y continuó allí largo rato, viendo pasar tranvías y coches en derredor suyo como si estuviera en el eje de un Tío Vivo. El frío y la impresión de humedad la obligaron á ausentarse, y se alejó, envolviéndose bien en su mantón y tapándose la boca. Casi no se le veían más que los ojos, y como éstos eran tan bonitos, muchos se le ponían al lado y le pedían permiso para acompañarla, diciéndole mil cuchufletas. Recordó entonces otros tiempos infelices, y la idea de tener que volver á ellos le produjo dolor muy vivo, despejándole la cabeza de las quimeras que se le habían metido en ella. El sentimiento de la realidad iba poco á poco recobrando su imperio. Mas la realidad érale odiosa, y trataba de mantenerse en aquel estado delirante. Un individuo de los que la siguieron se aventuró á detenerla en toda regla, llamándola por su nombre.

—¡Pero qué tapadita va usted!... Fortunata.

Detívose ella ante el que esto dijo. Pensando en quién podría ser, estuvo un ratito como lela mirando á la persona que enfrente tenía. «Yo quiero conocer esta cara—se dijo.—¡Ah!, es don Evaristo.»

—Hija, muy distraídita va usted...

—Voy á mi casa.

—¡Por aquí!—exclamó Feijóo con asombro.—Pues el camino que lleva usted es el del Teatro Real.

—Es que—replicó ella mirando las casas...—me había equivocado... No sé lo que me pasa...

—Vamos por aquí; la acompañaré á usted—dijo D. Evaristo con bondad.—Capellanes, Rompelanzas, Olivo, Ballesta, San Onofre, Hortaleza, Arco.

—Ese es el camino; pero no dude usted lo que le digo...

—¿Qué, hija mía?

—Que yo soy honrada, que siempre lo he sido. Feijóo miró á su amiga. Francamente, aquellos ojos tan bonitos le habían hecho siempre muchísima gracia; pero no le hacía maldita la exaltación que en ellos notaba aquella noche.

La abandonada se volvió á tapar la boca con el mantón, y su acompañante no chistaba. Mas como ella se detuviera de nuevo para repetir aquel concepto de la honradez, Feijóo, que era hombre muy franco, no pudo menos de decirle:

—Amiguita, usted no está buena, quiero decir, á usted le ha pasado algo muy gordo. Confíese usted á mí, que soy un amigo leal, y le daré buenos consejos.

—¿Pero duda usted—dijo Fortunata, apoyándose en la pared—que yo haya sido siempre...?

—¿Honrada? ¡Cómo he de dudar eso, hija

mía; pues no faltaba más! Lo que dudo es que usted tenga buena salud. Está usted fatigada, y me parece que debemos tomar un coche... ¡Eh!, cochero...

La de Rubín se dejó llevar, y maquinalmente entró en el simón. Alguna vez había hecho lo mismo con un cualquiera encontrado en la calle.

Feijóo le habló dentro del coche con paternal cariño, pero ella no contestaba de una manera completamente acorde. De pronto le miró en la obscuridad del vehículo, diciéndole: «¿Y tú, quién eres?... ¿Adónde me llevas? ¿Por quién me has tomado? ¿No sabes que soy honrada?»

—¡Ay, Dios mío!—murmuró el buen D. Evaristo con hondísimo disgusto.—Esa cabeza no está buena, ni medio buena...

Por fin llegaron, y los dos subieron. La criada les abrió. «Ahora—dijo el simpático coronel retirado—á acostarse. ¿Quiere usted que le traiga un médico?»

Sin contestar, metióse ella en su alcoba. Feijóo la siguió, afligidísimo de verla en tan lastimoso estado. Después él y la criada cuchichearon.

—Rompimiento... Le ha dado otra vez el canuto ese bergante—decía D. Evaristo.—Si no es más que eso, la trinquetada pasará.

Despidióse hasta el día siguiente, y la dolida se acostó, diciendo á la criada mientras la

ayudaba á desnudarse: «Honrada soy, y lo he sido siempre. ¿Qué?... ¿lo dudas tú?»

—Yo... no, señorita; ¿qué he de dudarle?—replicó la criada, volviendo la cara para disimular una sonrisa.

Durmióse pronto la infeliz señora de Rubín; pero á la media hora ya estaba despierta y muy excitada. Dorotea, que se quedó junto á ella, la oyó cantando, á media voz y con las manos cruzadas, las coplas místicas de las Micaelas.

## IV

## Un curso de filosofía práctica.

## I

Dos ó tres veces fué D. Evaristo al siguiente día á enterarse de la salud de Fortunata; pero no la pudo ver. Dorotea le dijo que la señorita no quería ver á nadie, y que de tanto pensar que era honrada, le dolía horriblemente la cabeza. Al otro día la señorita estaba un poco mejor, se había levantado y apetecido un sopicaldo. «Pero sigue con la misma idea—añadió no sin malicia la chica, que era graciosa y avisada.—Se lo prevengo, señor, para que le lleve el genio y le diga que sí.»

—Descuida, hija—replicó el caballero,—que por mí no ha de quedar. ¿Puedo verla? ¿No la molestaré mucho? ¿Sabe que estoy aquí?

—Ya lo sabe. Espérese un ratito y pasará.

Quedóse solo en el comedor mi hombre, y después de quince minutos de espera, Dorotea le mandó pasar. Estaba Fortunata en su gabinete, tendida en el sofá, la cabeza reclinada sobre un almohadón de raso azul. Tenía puesta la bata de seda y un pañuelo blanco finísimo á la cabeza, tan ajustado, que no se le veía más que